

HENRY JAMES

Diario de un hombre de cincuenta años



8^a ed.

DIARIO DE UN HOMBRE
DE CINCUENTA AÑOS

*los*INTE
MPEST
IVOS

HENRY JAMES

Diario de un hombre
de cincuenta años

TRADUCCIÓN DE BLANCA SALVADO

PRÓLOGO DE MAX LACRUZ BASSOLS



Primera edición: noviembre de 2004

Octava edición: febrero de 2016

Título original: *The Diary of a Man of Fifty* (1880)

© del la traducción: Blanca Salvado, 2004, 2016

© del prólogo: Max Lacruz Bassols, 2004, 2016

© de esta edición: Editorial Funambulista, 2016

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: FC

ISBN: 978-84-934079-2-6

Depósito legal: M-17715-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Schloß Kammer am Attersee II*, Gustav Klimt, 1910

Producción gráfica: Nilo Industria Grafica, S.A.

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Diario de un hombre de cincuenta años

Florenxia, 5 de abril de 1874

Me dijeron que encontraría Italia enormemente cambiada; y en veintisiete años hay mucho espacio para los cambios. Pero para mí todo sigue tan perfectamente igual que tengo la sensación de estar viviendo mi juventud de nuevo; vuelven a mí todas las impresiones olvidadas de aquellos encantadores tiempos. Impresiones que en aquel entonces eran lo bastante fuertes, pero que después se han ido atenuando. ¿Qué diablos les pudo ocurrir? ¿Qué devienen semejantes cosas durante los largos intervalos de la conciencia? ¿En qué lugar se esconden? ¿En qué

abandonados armarios y grietas de nuestro ser se conservan? Son como las líneas de una carta escrita con tinta simpática; si se acerca la carta al fuego unos breves instantes, el agradecido calor hará aparecer las palabras invisibles. Es el calor de este sol amarillo de Florencia el que ha empezado a recomponer el texto de mi propio amor de juventud; todo se ha presentado hoy ante mí cual página clara, recién hecha. En los últimos diez años ha habido momentos en los que me he sentido tan portentosamente viejo, tan rendido y acabado que la menor sugerencia de que semejante sensación de juventud aún pudiera estar esperándome me habría parecido un chiste muy malo. De todas formas no durará mucho; más vale entonces que le saque el mayor partido posible. Pero debo confesar que me ha sorprendido. He llevado una vida demasiado seria; después de todo, quizás sea eso mismo lo que preserve la propia juventud. Sin lugar a dudas he viajado

demasiado, trabajado demasiado duro, he vivido bajo climas rigurosos y me he relacionado con gente aburrida. Cuando un hombre llega a los cincuenta y dos años sin que se le vea muy deslucido —cuando goza de buena salud, buena fortuna, una conciencia limpia y una ausencia total de parientes embarazosos—, supongo que está obligado, si posee sentido de la delicadeza, a describirse a sí mismo como feliz. Pero confieso que yo prefiero esquivar dicha obligación. No he sido desdichado, no diría tanto; o al menos no escribiría tanto. Pero la felicidad, lo que se dice auténtica *felicidad*, hubiera sido algo diferente. No sé si hubiera sido mejor, en todos los sentidos; no sé si me hubiera dejado en mejor posición que ésta en la que me encuentro ahora. Pero ciertamente hubiera supuesto una diferencia en lo siguiente: no me hubiera visto reducido, en mi búsqueda de imágenes agradables, a desenterrar un episodio ocurrido hace más de

un cuarto de siglo. Hubiera encontrado entretenimientos más —¿cómo los llamaría?—... más contemporáneos. Hubiera tenido mujer e hijos, y no hubiera estado camino de cometer, como dicen los franceses, infidelidades para con el presente. Por supuesto que ha sido un gran beneficio el haber podido salir bien parado, el no haber cometido una descomunal locura; y supongo que cualesquiera que sean las graves decisiones que uno tenga que tomar a los veinticinco años, tras mucha lucha y con un violento esfuerzo, y a pesar de que la conducta de uno parezca estar justificada por los acontecimientos, siempre queda una parte de pesar, una ligera sensación de pérdida acechando la sensación de ganancia; la tendencia a preguntarse, un poco ilusoriamente, lo que *podría* haber sido. Lo que podría haber sido, en este caso, hubiera sido sin duda ninguna muy triste, y lo que realmente ha sido, ha sido muy alegre y confortable. Sin embargo,

aún hay dos o tres preguntas que podría hacerme a mí mismo. ¿Por qué, por ejemplo, nunca me he casado? ¿Por qué nunca he sido capaz de interesarme por ninguna mujer como me interesó aquélla? Ah, ¿por qué son las montañas azules y la luz del sol caliente? Felicidad mitigada por impertinentes conjeturas: tal es mi suerte.

6 de abril

Sabía que no duraría; ya está desapareciendo. Pero he pasado una jornada deliciosa, paseando por todas partes. Todo me recuerda otra cosa, y al mismo tiempo a sí misma; mi imaginación efectúa un largo recorrido para acabar volviendo al punto de partida. Está ese olor a primavera en el aire que recuerdo tan bien, y las flores, tal cual solían estar, reunidas en grandes gavillas y montones, rodeando la rugosa base del Palacio Strozzi.

Estuve deambulando por los Jardines Boboli durante una hora; habíamos ido allí juntos en varias ocasiones. Me acuerdo de todos aquellos días en su individualidad; parece como si hubieran sido ayer. Encontré la esquina donde ella siempre quería sentarse —el banco de mármol calentado por el sol—, frente a la pantalla de encinas, junto a la exuberante estatua de Pomona. El lugar está exactamente igual, salvo por el hecho de que la pobre Pomona ha perdido uno de sus afilados dedos. Permanecí allí sentado durante media hora, y era extraño lo cerca de mí que ella parecía estar. El lugar estaba completamente vacío: es decir, estaba lleno de *ella*. Cerré los ojos y escuché; casi podía oír el crujido de su vestido al rozar la grava. ¿Por qué se arma tanto alboroto en torno a la muerte? ¿Qué es, después de todo, sino una especie de perfeccionamiento de la vida? Hace diez años que ella está muerta y, sin embargo, mientras permanecía allí sentado en aquella soleada quietud, su

presencia era palpable, audible. Entré después en la galería del palacio y estuve deambulando durante una hora de habitación en habitación. Los mismos grandes cuadros colgaban de los mismos lugares y, formando un arco sobre ellos, estaban los mismos oscuros frescos. Antaño, dos veces fui allí con ella, que poseía un gran conocimiento del arte. Ella entendía de toda clase de cosas. Permanecí largo rato frente a la *Madona de la silla*. El rostro no se parece ni un ápice al de ella, sin embargo, me la recordó. Pero todo lo hace. Una vez permanecemos en pie mirando juntos el cuadro durante media hora; recuerdo perfectamente todo lo que dijo.

8 de abril

Ayer me sentí triste; triste y aburrido. Y esta mañana al levantarme estaba ya medio decidido